

Avatares de los muchachos de la noche

Perlongher, Nestor

Nestor Perlongher: Poeta y antropólogo argentino residente en Brasil. Profesor de Ciencias Sociales en la Universidad de Campinas. Autor de *O Negócio do Miche* y *El fantasma del SIDA*, así como de los poemarios *Austria-Hungría*, *Alambres* y *Hule*.

Centrado en las complejas redes que se establecen entre los prostitutas o michés y sus clientes homosexuales, el ensayo pretende explorar los avatares de cierto impulso de fuga que estaría en la base de la trayectoria existencial de los muchachos de la noche y, en un sentido general, en todos los circuitos marginales. Entre movimientos de desterritorialización respecto al orden familiar y laboral, y de reterritorialización en la inscripción al «código-territorio» del submundo, en una mezcla de sordidez y goce en que el deseo desafía todos los riesgos, se plantea la cuestión siguiente: cómo esos impulsos pueden ser neutralizados y recapturados en un momento en que la irrupción mórbida torna arqueológicas muchas de esas aventuras.

San Pablo. Cierta pulsión nómada se abre paso por los intersticios de la ciudad. Estos impulsos no suelen manifestarse abiertamente a la luz del día. Es preciso buscarlos no en la centralidad resplandeciente de la urbe sino en los brillos opacos del margen, en los devaneos a través de la noche donde instauran, siempre precariamente, el encanto de su misterio, aduare transparentes que casi consiguen mantenerse en secreto. Una semiclandestinidad de luces negras parece ser la marca de estas irrupciones en las anfractuosidades de la ciudad en sombras. Sin embargo, esa multiplicidad de solitarios puntos de fuga parece no decidirse a desencadenar completamente la vasta subversión con que amenaza. Los nómades urbanos parecerían más bien encender, más que alguna devastadora hoguera, una sucesión de «pálidos fuegos», señales apenas reconocibles de una diferencia que, aunque radical, simula resolverse en fatuos rescoldos melancólicos.

Algunos de esos circuitos operan, en verdad, contenidos o sumergidos en los tránsitos o circulaciones más globales. Trataríase, mejor, de ciertos funcionamientos que, aunque amarrados a máquinas más genéricas y totalizantes, no dejan de mantener con relación al cuerpo social normalizado un guiño de inquietante extrañeza, de relativa exterioridad. La práctica social (o, mejor, micro social) de la prostitución viril aparece como resultante de uno de esos encuentros: masas de adolescentes desterritorializados por la miseria, aminorados por la edad, masas de homosexuales pescando en los zanjones de la marginalidad las aguavivas del goce. En esa búsqueda una diversidad de dispositivos sociales entran en acción. El deseo, vehiculizado y al mismo tiempo reconvertido por el dinero, obtiene una suerte de reverso de las grandes oposiciones binarias que atraviesan y segmentan el cuerpo social: oposiciones de clase (rico/pobre), de edad (joven/viejo), de género (macho/marica), intensificando las diferencias en la producción del goce.

¿Qué es el «negocio del miché»? ¿Cómo y dónde funciona? Una visión entre impresionista y surrealista se filtra en este verso (escrito por un protagonista del submundo de la prostitución masculina): «... por los cuerpos en fila una náusea imprecisa...». Muchos de nosotros hemos alguna vez pasado junto a ellos, sin necesariamente percibir el tipo de transacción, que, en esa circulación nocturna de los cuerpos, se consume. Lo primero que se ve son cuerpos provocativamente machos: ciñe un blue jean gastado la escultura de esa teatralidad del virilismo; telas rústicas, antes opacas que brillosas; que se adhieren, viscosamente, a una protuberancia que destacan: hay en esos cuerpos sobreexpuestos toda una escenificación de la rigidez, de los varios sentidos de la dureza. Su belleza, en los pesados circuitos de la baja prostitución, deriva, más que del atletismo, del trabajo, del esfuerzo, de la penuria. Es el machismo de las clases bajas lo que se ofrece en venta (machismo que sería, según Bourdieu², constitutivo de la oposición clásica burgueses/proletarios, identificando estos últimos la femineidad con la sumisión), estos cuerpos en fila tienen (náusea imprecisa) la fascinación de la sordidez, guardan en su sonrisa áspera y cínica la promesa de una aventura cuya intensidad consiga desafiar, para avivarse aún más, todos los riesgos.

Más allá del impresionismo, conviene inscribir este espectáculo en la intersección de una multitud de coordenadas sociales. Los puntos de prostitución viril constituyen nudos en una red de flujos. En primer lugar, la microterritorialidad del punto

¹El término miché designa, en el argot de los bajos fondos brasileños, al joven que se prostituye ante homosexuales maduros sin abdicar de prototipo gestual de la masculinidad. Equivale al americano hustler, al español chaperero y al argentino taxiboy, entre otros, Optamos por mantener el término miché en atención a su peculiaridad.985.

²Pierre Bourdieu: La distinción, Minuit, París, 1979.

forma parte de otra superficie más amplia y difusa. La dimensión de dicho territorio se verifica en el espacio urbano tomando la ciudad no sólo desde la perspectiva de la arquitectura que la erige, sino también a partir de las circulaciones que la recorren. En el plano empírico, los «puntos de miché» del centro de la ciudad de San Pablo se sitúan, por así decir, en las riberas del denominado «gueto gay». Lo impropio de esa denominación se constata de inmediato: mientras que los guetos gays norteamericanos configuran verdaderos barrios residenciales, con su comercio y sus instituciones propias, en el caso de San Pablo se trata de áreas de circulación y encuentro con fines erótico-sociales, y no de habitación fija. Si el término «gueto» evoca algún rasgo étnico, la denominación vernácula de «Boca» se asocia a un foco de emisión de flujos que, además de aplicarse a los sitios de prostitución - diferenciada en Boca do Luxo (Lujo) para la alta prostitución y Boca do Lixo (Basura) para la baja prostitución -, se extiende a otras transacciones marginales: Boca de Ouro (lugares de comercio de joyas robadas), Boca de Fumo (tráfico de marihuana), etc. Tal inserción del circuito homosexual del centro de San Pablo en los corredores de las «Bocas» manifiesta, por añadidura, cierta relación de contigüidad entre las marginalidades sexuales (que atentan contra el orden de la reproducción sexual) y económicas (que atentan contra el orden de la producción social); lazo entre homosexualidad y marginalidad que se mantiene vigente a despecho de los reclamos de dignidad de los homosexuales más modernizados.

Por otra parte, el miché actúa como una especie de puente entre las marginalidades, dado su anclaje en el lumpenaje y su relación privilegiada con la delincuencia. Relación ésta que no se limita al plano abstracto sino que se denota en las solidaridades prácticas que se establecen entre los diversos marginales del área tras las rejas de las celdas donde todos acaban, una vez u otra, reclusos, en un máximo de sedentarización compulsiva con que la maquinaria policial pune sus excesos nómades. En la intimidad de las prisiones, los malandros protegen a los michés (quien, según aquéllos, «están en la lucha») y los travestis a las locas.

Se van delineando los personajes de esta red de tránsitos. Es preciso evitar la tentación de pensarlos en tanto «identidades», para verlos en cambio como puntos de calcificación de las redes de flujos (de las trayectorias y los devenires del margen). Las nomenclaturas se inscriben en la trama de los cuerpos - que nunca se encuentran totalmente donde ellas los marcan, de ahí que las asociaciones nominativas proliferen y estallen trastornando la transcripción sociológica. Los nombres - señas de pasaje, antes que bautismos ontológicos - en uso cargan un dejo de carnalidad insultante: bichabofe, miché, travesti, gay, boy, tia, garoto, maricona, mona, okô, eré, monokô, okô mati, okô odara y sus sucesivas combinaciones y reformulaciones

³(jun total de 56 nomenclaturas en sólo algunas manzanas!); estos nombres barroquizan hasta tal punto el sistema clasificatorio que resulta válido asociar esta inflación de significantes a la proliferación de divinidades que Lyotard, en su *Economía Libidinal*, percibe en el paganismo del Bajo Imperio Romano: «Para cada conexión, un nombre divino; para cada grito, intensidad o embestida, un dios pequeño (...) que no sirve exactamente para nada, pero que es un nombre de tránsito de las emociones»⁴: incomponibilidad de figuras simultáneas que roe cualquier ilusión de identidad.

Esa dispersión clasificatoria admite, sin embargo, esbozar una genealogía. La proliferación resulta del choque de dos modelos clasificatorios de la homosexualidad masculina, según el esquema de Peter Fry⁵: un modelo «arcaico», popular y jerárquico, cuyo paradigma es la relación marica/macho (en la que «la marica es la suela del zapato del chongo») y otro modelo «moderno», de clase media e igualitario, conforme al cual ya no se trata de un homosexual afeminado que se somete ante un amante varonil (que no se considera homosexual), sino de un sujeto asumido como homosexual que se relaciona de igual a igual con otro sujeto también asumido como homosexual (relación gay/gay).

El miché ocupa, en ese cuadro retórico, el polo masculino, mientras que el travesti - su antónimo en el campo de la «prostitución masculina» - ocuparía el polo femenino. La expresión «prostitución viril» busca, precisamente, salvaguardar la distancia de esa diferencia, que, remarcada en la apariencia, revela, de paso, una semejanza procesual. Mientras que la femineidad radical del travesti es posible de desencadenar, reconocen Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*⁶, un devenir mujer, la virilidad del prostituto manifestaría, si no una copia, acaso una exacerbación paródica del modelo mayoritario de Hombre socialmente dominante, que le corresponde por asignación anatómica.

Entre los extremos de la polaridad maché/travesti, mil variaciones, aludidas por nomenclaturas que declinan el grado de ortodoxia varonil: miché marica, miché gay, etc. Nomenclaturas que - insistimos - no fijan identidades, sino que denominan pasajes intensivos. De hecho, un miché macho puede transformarse en miché

³ Bicha equivale a marica (homosexual afeminado), reservándose los apelativos de maricon y tía para los más maduros. Bofe equivale al rioplatense chongo, es el macharrán, hiperviril amante de las locas; boy y garoto (chico) son las variantes juveniles de esta especie. Mona es mujer y okô hombre en la lengua afro de uso en el Brasil; monokô, su combinación; okô odara, el joven bello y okô mati el feo; eré, del mismo origen, designa al muy joven.

⁴Jean-Francois Lyotard: *Economía libidinal*, Saités, Madrid, 1979

⁵P.Fry: *Para Inglés Ver*, Zahar, Río de Janeiro, 1982

⁶G.Deleuze y F. Guattari: *Mil mesetas*, Pre-textos, Valencia, 1988.

gay con sólo cambiar de punto de exhibición. La variación podrá inclusive suceder in situ: «Llegué a una fiesta con un cliente con el que andaba. Ahí había boys y maricones. Pero bebí demasiado y comencé a mariconear, hacer ademanes femeninos, me volví marica. Entonces la loca que estaba conmigo se puso a hacerse el macho y a disputarme con los otros michés que me querían coger».

Por regla general los michés no son o no se consideran homosexuales, residiendo en esa renuencia, demandada por los mismos clientes (que buscan muchachos que no sean homosexuales), buena parte de su encanto. Los intentos de atribuirle una identidad sociosexual al prostituto viril fracasan ante esa negación de base. Trátese de definirlo teniendo en cuenta su representación - tan engañosa cuanto reclamada - como heterosexual, pese a que su práctica sea, en la mayor parte de los casos, homosexual. O, atendiendo a su proclamada posición en el coito, como activo - pero se sabe que esa postura tan estridentemente esgrimida puede cambiar frente a un sobreprecio. Acorralado por las invectivas de un cliente irritado, que le echa en cara su supuesta homosexualidad profunda, un joven miché, retratado por Damata⁷, estalla: «¡Carajo! ¡Me estoy volviendo loco! (...) No sé más qué carajo soy (...) Si soy hombre o soy puto o qué carajo soy».

A la deriva

Deriva del yo, del deseo. La deriva de los sujetos involucrados en el «mercado homosexual» no se verifica solamente en lo individual - a través de las inscripciones categoriales -, sino que atañe también al plano espacial. La deriva o «draga» - deambuleo por ciertas calles de la ciudad, a la busca de un amante ocasional, estilo «programa de una sola noche» - configura el modo básico de circulación en el medio. Es, como quiere Benjamín, un «perdersé en la ciudad». El mismo Benjamín capta⁸ - en un poema de Baudelaire, «A une pasante» - cómo la mirada del flaneur captura - singulariza, inviste - el objeto furtivo de su deseo, separándolo de la procesión automatizada de la multitud anónima. La calle, «microcosmos de la modernidad», se transforma en algo más que un mero lugar de tránsito dirigido o de fascinación consumista; se revela, también, como un lugar de circulación deseante, de errancia sexual. Prostitutas y «entendidos» exploran, entre otros flaneurs libertinos, las posibilidades libidinales del flujo de las masas en la metrópoli.

En el acto de lanzarse a la draga, a la deriva, al vagabundeo, parece estar implícita cierta disposición hacia lo nuevo, lo inesperado, la aventura. En las palabras de un

⁷G. Damata: *Os solteirões*, Pallas, Río de Janeiro, 1975.

⁸W. Benjamín: «Sobre algunos temas en Baudelaire», en Benjamín, Adorno, Horkheimer, Abril, San Pablo, 1980.

prostituto entrevistado, se trataría de «acontecer en la calle». El deambuleo no es exactamente caótico. El ritual de preparación se organiza racionalmente, incluyendo dispositivos de selección del eventual partenaire, verdaderas reglas de cálculo que procuran medir tanto la deseabilidad cuanto la eventual peligrosidad del candidato; cuenta asimismo, para el prostituto, la disponibilidad financiera del posible cliente.

La pulsión nómada a que aludíamos al principio del texto se plasma así en el propio modo de circulación deseante. Al mismo tiempo, esa especie de desterritorialización es mediada por el cálculo. Habría entonces en esta deriva dos grandes bloques constitutivos. Por un lado, un deseo sexual abierto, profuso, que remite al orden del azar; por otra parte, ese deseo no es indiscriminado, sino que agencia, para consumarse, un complejo sistema de cálculo de los valores que se atribuyen a aquél que es captado por la mirada deseante. Así, la «máquina de draga» («todo es siempre posible en todos los momentos; los órganos se buscan y se entrelazan sin conocer la ley de la disyunción exclusiva»)⁹, es también una máquina de cálculo, un mecanismo de atribución de valor.

Deseo e interés, acaso y cálculo: el «paseo esquizo» de los homosexuales y los prostitos oscila permanentemente entre esos dos polos, cuya distinción se torna, en la práctica, frecuentemente indiscernible.

Cierta inestabilidad de base parece corroer toda la actividad. Sin embargo, dicha inestabilidad no debe ser leída como una manifestación de carencia o de falta respecto de relaciones más estables, sino que habría - arguye Hocquenghem - cierta afirmatividad en la errancia.

En los agenciamientos mecánicos de los miembros, los otros no son vistos en tanto «identidades personales», sino como superficies de un contacto parcial, «órgano a órgano»; el cuerpo es parcelado, ciertas partes son «separadas» del conjunto. En el medio de la prostitución viril, el objeto segmentado/destacado es generalmente el pene: «... Un mulato se le junta, para conquistarlo echa mano del medio primitivo de palparse el pene...»¹⁰.

Obsesión por el pene, por la penetración o por la succión, por las conexiones peneano-boca, maquinaciones para la producción de intensidades entre los órganos. Fragmentación del cuerpo total en un goce «por partes», efecto de despersonaliza-

⁹. Hocquenghem: Homosexualidad y sociedad represiva, Granica, Buenos Aires, 1974.

¹⁰T.Carella: Orgia, José Alvaro, Río de Janeiro, 1968.

ción que se detecta en la fuga o el rechazo de las identidades e ilumina declaraciones de este tipo: «Cuando voy a acostarme con un miché, no tengo relaciones con una persona; tengo relaciones con una fantasía. Por eso pago, para vivir una fantasía» (un cliente); que se corresponden con las de un prostituto: «Cuando me encamo con un cliente, yo no soy yo: yo soy la fantasía del cliente. Existe una técnica para conseguir eso, que es ponerse mentalmente en blanco para captar la fantasía y trabajar el cuerpo del otro». «Un instrumento de su placer...».

Fuga y captura

Doble movimiento: por un lado las «áreas de perdición y vicio de las grandes ciudades» - las «regiones morales» que obsesionaban a Park¹¹ ya por 1920, preocupado por entender «las fuerzas que en toda gran ciudad tienden a desarrollar esos ambientes aislados, en los cuales los impulsos, las pasiones y los ideales vagos y reprimidos se emancipan de la moral dominante» configurarían una especie de «punto de fuga libidinal», donde «las pasiones, instintos y apetitos; incontrolados e indisciplinados», los «impulsos salvajes» reprimidos o sublimados por el orden urbano, hallarían descarga. Simultáneamente, esos deseos proscriptos, desterrados del cuerpo social, serían reconocidos, clasificados y controlados, «reterritorializados» en la válvula de escape de la «región moral».

Esa «territorialidad perversa» - en cuyos desplazamientos y transformaciones la presión policial está siempre presente - se instala en la materialidad concreta del paisaje urbano en movimiento. Los límites difusos del territorio están dados también por los códigos: la fórmula «código-territorio» expresa, dice Guattari¹², la relación entre el código y el territorio definido por su funcionamiento: «Desorden organizado» - según la expresión de Bataille¹³ - que la transgresión instaura, pero que no es un mero reverso perverso de la ley: categorizaciones vagas, fluidas, superpuestas, cada una de ellas actuando como «operadores de intensidad libidinal»: territorialidad itinerante, legible en las redes de circulaciones y encuentros entre los cuerpos que, en alas del deseo, deambulan; territorialidad oscura, que instala en el corazón de la noche su esplendor patético, la trama de sus secretos y sus escondites; territorialidad nómada: en las derivas de los noctámbulos, en los vagabundeos del sexo y de la droga, en los turbios ilegalismos tramados en las madrugadas, se

¹¹R.Park: «A cidade: sugestões para uma investigação do comportamento social no meio urbano», en O. Velho (comp): O fenómeno urbano, Zahar, Río de Janeiro, 1973.

¹²Cf. Cerfi: «Generalogie du Capital I; Les équipements de pouvoir», en Recherches N° 13, Fontenay-sous-Bois, 1973.

¹³G. Bataille: El erotismo, Tusquets, Barcelona, 1979.

estarían manifestando - indican Stebler y Watier¹⁴ - trazos del antiguo nomadismo de masas, criminalizado y patologizado cuando sólo el hecho de vivir en la calle, de no tener un lugar fijo, se volvió locura o delito. Pero territorialidad también artificial - en el sentido del Antiedipo¹⁵ -: familias más exóticas que entretejen corsets barrocos, eficaces en su fragilidad, junto al muro que obstruye la hendidura de las fugas que amenazan hacer estallar el socius.

Hay, en la base de toda la práctica de la prostitución, a veces triste pero siempre dinámica, un impulso de fuga. En el caso de los muchachos de la noche, fuga de la familia, del trabajo, de toda la responsabilidad institucional o incluso conyugal. En la homosexualidad masculina podrían configurarse, dice Guattari¹⁶, puntos privilegiados de ruptura con el orden social, pasibles de abrirse a un devenir mujer, plataforma de todos los devenires. Submundo brumoso, fugaz, casi inasible. Hay un primer movimiento de salida de la constelación familiar. Deslumbrados por las luces del centro, los muchachos, sin saber demasiado bien qué es lo que van a encontrar, confluyen hacia la «zona»:

«Cuando comencé a trabajar en el centro (13, 14 años), ni sabía cómo era ese asunto de acostarse con hombres... Imaginaba que tendría que pagar y que sería demasiado caro. Pronto descubrí las boites y comencé a hacer programas Entonces me asusté. En mi cabeza imaginaba que sería un placer puro. Pero no: las locas son tontísimas, crean sus patrones, rotulan, uno tiene que ser algo dentro de esa clasificación» (un joven entrevistado).

En el cuento «Galería Alaska» (referencia a un denso centro de prostitución de Río de Janeiro), Joao Antônio¹⁷ da una visión más brutal del proceso. Llegando del suburbio en «ómnibus desvencijados»: «La muchachada se inicia justamente en la Galería Alaska, convencida de que con el físico, la juventud, trucos y yeites, conseguirá de lo mejor en mujeres, night-clubs, facilidades y exhuberancia. Y que las minas, las madames, a las que les faltan machos de verdad, les darán todo, incluso dinero. Por lo común, sin embargo, la proeza es otra y, por falta de dinero, los muchachos del suburbio comienzan a acostarse con pederastas. No es sólo el papel pintado, el dinero lo que les falta; no tienen compañía, amigos, ni medios de conocer gente».

¹⁴Stebler & Watier: «De l'errance spatiale a l'errance sociale», en *Espaces et Sociétés* N° 24/27, París, 1978.

¹⁵G. Deleuze y F. Guattari: *Antiedipo*, Barral-Corregidor, Buenos Aires, 1974.

¹⁶F. Guattari: *A revolução molecular*, Brasiliense, San Pablo, 1981.

¹⁷Joao Antonio: *Malhao do Judas Carioca, Civilizacao Brasileira*, Río de Janeiro, 1975.

En el caso de los muchachos de la noche, la miseria puede ser un desencadenante del proceso de la prostitución. Sin embargo; la importancia de lo económico no debe ser exagerada. Reconoce un prostituto: «Es cierto que salgo a la calle porque estoy seco, pero también es cierto que cuando junto algún dinero me gasto todo rápidamente para poder volver a hacer la calle. Saber que estoy en la calle por necesidad me da seguridad, me excita...».

Una vez iniciado en el negocio, las trayectorias de los michés son nómades, en varios sentidos. El primero, ya considerado, es la errancia sexual, la cual no es caótica. El nómade, observan los autores de Mil Mesetas, tiene un territorio, sigue trayectos rutinarios, va de un punto al otro, establece localizaciones; pero no para de circular, de derivar. Los puntos son sólo consecuencia y no principio de la vida nómade: «Aunque los puntos determinen los trayectos, ellos están estrictamente subordinados a los trayectos que determinan». Aunque se trate de una trayectoria entre dos puntos, es el «entredeux» lo que toma consistencia, es ese entre lo que se materializa.

Los michés paran en esquinas, plazas, puertas de bares, etc. Una postura típica: recostados contra un poste, dos muchachones de aspecto descuidado y al mismo tiempo derrochando sensualidad, vislumbran el tráfico de automóviles, a la espera de que alguien compre sus entumecidos sexos. Pero entre parada y parada, entre cliente y cliente, tienen lugar infinitas peregrinaciones, muchas veces en compañía de otros colegas, hasta cumplir jornadas extenuantes, de ocho o diez horas de deambuleo.

¿Cuál es la consistencia de esas bandas nómades? Estos prostitutos no conforman grupos, en el sentido sociológico del término. Son bandas informales, ocasionales, unidas más por contigüidad topográfica que por cualquier tipo de «amistad» al estilo de la clase media. El grado de consistencia disminuye según índices de desterritorialización y de proximidad con la delincuencia. Aumenta, por ejemplo, en los prostitutos que se exhiben en las boites gays.

Trátase de nexos frágiles, pero cuya laxitud no descarta solidaridades intempestivas, minuciosos intercambios de amantes, de ropas, de porros, de información «didáctica» («un miche no debe usar anteojos», o «un miché no debe moverse de esa forma»...) y de control de la masculinidad: «un miché no debe andar haciendo ademanes mientras habla; eso es cosa de maricas» y cosas por el estilo.

Como reverso de esas «manos» (ayudas), la mano de uno conspira al dorso de la chaqueta del amigo. Entre estos pequeños genetianos, la traición es la ley. La voluntad de traicionar puede encontrar campo fértil en la turbulencia de las pasiones que - nunca consentidas, siempre conjuradas, tenuemente secretas - afloran en la masa masculina de los muchachos de la noche: «Esa historia de sexo entre hombres, vea, los michés se curten mucho entre ellos, se la pasan hablando de mujeres, pero se gustan entre ellos...».

Agenciamiento precario, siempre al borde de la disolución, ese extremo informalismo sería índice, entretanto, de sutiles dispositivos - presentes en los «gamino» de Bogotá retratados por Mounier¹⁸ y en las sociedades primitivas estudiadas por Pierre Clastres¹⁹ - que inhiben la consolidación de un poder estable, «Mecanismos locales de bandas, márgenes, minorías, que continúan afirmando los derechos de la sociedad segmentaria contra los órganos del poder de Estado» (Mil Mesetas, «Tratado de Nomadología»).

La trama de los cuerpos

Las relaciones de la prostitución viril están marcadas por una exacerbación de las diferencias. Diferencia de edad: mientras que los jovencitos suelen tener entre 15 y 25 años, sus amantes pederastas superan por lo general los 35 años. Diferencia de clase: muchachos pobres en proceso de marginalización versus clientes de la clase media. Las grandes oposiciones binarias que codifican el socius aparecen siendo ellas mismas deseadas; revelan así su reverso intensivo. Si el encuentro entre jóvenes y viejos remite a la vieja tradición occidental de la pederastia, se da también un peculiar cruce de clases, que se manifiesta entre algunos de los clientes como un deseo de salir de su clase social. El miché ha de deslizarse, así, por las «fisuras de la jerarquía social» (Duvignau²⁰), circunstancia presente en algunos discursos, donde expresiones del argot de los bajos fondos se mezclan con términos cultos e incluso psicoanalíticos.

Hay una tercera serie de oposiciones que concierne a la diferencia de género, directamente inscriptas en lo sexual. La retórica clasificatoria, al distribuir las posiciones, determina las posturas corporales macho/marica = activo/pasivo. Sin embargo, esa determinación es bastante relativa, ya que el «plano del contenido» (agenciamiento maquínico de los cuerpos) no deja de mantener un grado de relativa autonomía con relación al «plano de expresión» (los encadenamientos discursivos).

¹⁸J. Mounier: *Os moleques de Bogotá*, Difel, Río de Janeiro, 1975.

¹⁹P. Clastres: *A sociedade contra o Estado*, Afrontamentos, Porto Alegre, 1979.

²⁰J. Duvignaud: «Esquisse sur le nomade», 10/18, París, 1975.

Reconocer la autonomía relativa de ambos planos implica liberar las prácticas de las representaciones («objetivaciones», al decir de Paul Veyne²¹), que las obliteran, sin desconocer empero su calidad de «dispositivo energético».

Cierta centralidad del ano entra en juego en el circuito de la prostitución viril (y, de creer en Hocquenghem, en la homosexualidad en general y en las homosexualidades brasileñas en particular). El privilegio concedido al coito anal es denotado por varios factores: sea por valoraciones directamente monetarias, sea por su condición de elemento definidor del sentido de la relación; por regla general, el activo es quien es retribuido y el pasivo quien paga. No obstante, esta regla pierde rigor en las relaciones que, en el acto de los cuerpos, transgreden su propio código de enunciación/enunciación - así, si el prostituto acaba siendo sexualmente pasivo, muéstrase inicialmente como activo para doblar su precio a la hora del cambio: créese, entre los ejecutantes de tales artimañas, que la práctica exclusiva del papel activo no transformaría automáticamente al muchacho en marica, ya que su masculinidad (y por ende su disponibilidad para el mercado heterosexual) se encontraría resguardada gracias a dicha precaución. En virtud de la misma argumentación, cuando el macho acaba «dándose vuelta», la pérdida de su virilidad debe ser recompensada con un aumento del precio.

El privilegio concedido a la sodomía activa tendría también la función de «ocultar» o «disimular» los deseos presuntamente homosexuales que se deslizarían en las sensaciones, a despecho de los enunciados que de ellos reniegan. No es solamente la performance factual, sino también la representación machista que el prostituto sustenta, lo que se valoriza.

Esa representación es, entonces, un dispositivo energético: circulación de diferencias intensivas en la superficie de los órganos. Así, observa Sartre, «la misma turgencia que siente el macho como la tumescencia agresiva de su miembro, Genet la sentirá como la abertura de una flor»²². Diferencia de intensidad que monta un arsenal de símbolos, alegorías, posturas, gestos, en que resalta la marmoreidad del macho: «Impenetrable y duro, pesado, tenso, sólido, el Mac será definido por su rigidez. Su cuerpo, estirado por los músculos, parece un sexo tieso por el deseo de agujerear, de perforar, de romper, que se yergue hasta el cielo con la aspereza súbitamente malvada de un campanario que rompe una nube de tinta».

²¹Paul Veyne: Como se escreve a historia, Foucault revoluciona a historia, Cadernos da UNB, Brasília, 1982.

²²Jean Paul Sartre: San Genet, comediante y mártir, Losada, Buenos Aires, 1967.

Pero la fuerza de la representación puede primar sobre la realidad de los contactos, circunstancia vertida así por un miché: «Soy macho hasta cuando me dejo».

De las transiciones entre la valorización de una virilidad convencional que proscribía discursivamente el ano como zona erógena y la participación en relaciones cuyo eje gira en torno, precisamente, de la sensibilidad anal, de esa tortuosidad de claros-curos, de falsas poses, de simulacros y pasiones subterráneas, contradictorias, encontradas, puede derivar el halo de sordidez que impregna la práctica de la prostitución viril.

Para tornar aún más pesados los velos, ese juego de seducción histérica en torno a «las compuertas del ano»²³ - supuesta elisión que es en verdad desencadenante de una proliferación de alusiones y toques - parece corresponder a cierta atracción por el margen, donde esas prácticas acaecen, en virtud de la conexión histórica entre homosexualidad y delincuencia.

Ambas líneas confluyen para iluminar la violencia ejemplar de estas pasiones clandestinas. La tentación del crimen y la sangre puede emerger entre los muchachos de la noche, bajo la forma de confiscaciones sacrificiales - amparadas a veces en legitimaciones expiatorias, del tipo: «él es burgués y/o marica» - o desencadenar brotes repentinos ante excesos libidinosos de los clientes, pesadillas cuya vía de acceso es muchas veces anal: «Ese problema de dejarse o no es un punto de explosión de la violencia. Hay situaciones en que el miché ya va de antemano con la intención de robar. Pero otras veces él está dispuesto a transar, o prostituirse realmente y una vez llegado a la cama le da un brote sexual de culpa, se enloquece, empieza a romper todo, puede llegar a matar al cliente».

Entre los clientes, la tentación del abismo puede aparecer bajo la forma de un «gusto por el peligro», que lleva a algunos pederastas, si no a cierto goce masoquista, a una intensificación mortífera de las pulsiones invertidas en la transacción, condensada en la ecuación terror/goce.

A pesar de las similitudes con la maquinación masoquista en ambas podrían reconocerse modalidades de producción de un «cuerpo sin órganos» de pura intensidad - del polo terror/goce, que funciona como intensificador del dispositivo de la prostitución viril, los amantes del riesgo, en este circuito, no explicitan (ni enuncian en un contrato detallado y escrito) un deseo manifiesto de dolor (aunque sí, en ocasiones, de humillación), sino que a menudo el desencadenamiento del terror real es

²³ Osvaldo Lamborghini: *Novelas y cuentos*, Madrid, del Serbal, 1988.

visto como una catástrofe que acaece a despecho de los intentos conscientes de evitarla - producto de una «maquinación inconsciente» o de una dilatación incontrolada de los límites del riesgo. En esta pulsión de abismo, puede vislumbrarse - en desmedro de la clásica interpretación de la prostitución como mero intercambio interpersonal - cierto impulso de pérdida, de voluptuosidad, de gasto exuberante, que instauraría, para mayor esplendor de la intensidad, un mundo de degradación y ruinas, asimilando la prostitución al potlatch y al pillaje del nómada.

En estas volutas voluptuosas, que desafían la muerte, podría inferirse, además, una última vicisitud de la línea de fuga: cuando ella se precipita en una «pasión de abolición», acarreado la destrucción del otro y autodestrucción. El prostituto viril ofrece un suelo fértil para el florecimiento de formas de microfascismo. La violencia parece ser de todos modos, inherente a la transacción, en tanto constitutivo del paradigma convencional de masculinidad. Deseo de violencia que se expresa en enunciados tanto del miché: «Lo que la marica desea es ser violada», como el cliente: «Lo que la marica desea es sentirse como una mujer violada».

Pasiones y códigos

En los márgenes del cuerpo social emergen impulsos de fuga o de ruptura-señales tal vez de algún modo disidente de subjetividad, si seguimos la sugerencia de Guattari, que insta a ver en el llamado «desvío» índices de desestructuración social, conatos que no alcanzan a articular su potencia en una máquina de guerra eficaz, pero que continúan, en la penumbra, su acción de minar los mecanismos de normalización institucional²⁴.

Es preciso, sin embargo, ver cómo, en el dispositivo de la prostitución viril, los flujos nómades pueden ser recapturados y reconvertidos. Eso puede sonar paradójico. Volviendo a Guattari: «Por definición, el nomadismo urbano es recuperable e irre recuperable al mismo tiempo: es completamente recuperable por el sistema de vigilancia e irre recuperable porque, de cualquier manera, siempre consigue escapar y recomponer otros itinerarios»²⁵.

Consideremos un aspecto: el problema del contrato. Por un lado, suele ser minucioso y preciso, pero a la par se dibuja otro plano, un microcódigo que captura las singularidades del deseo y del goce de los sujetos, a efectos de abatirlas sobre el equivalente general del capital. Por otra parte, el contrato parece hecho para ser

²⁴ J. Caiafa: *Movimiento Punk nas cidades*, Graal, Río de Janeiro, 1985.

²⁵F. Guattari: «Espaço e Poder: a criaçao de territorios na cidades», en *Espaço e Debates* N° 16, San Pablo, 1981.

transgredido. Doble tensión ésta, que retoma las díadas deseo/interés, acaso/cálculo: pasión por el riesgo, pasión por el código. Precisamente la extrema complejidad de los dispositivos de recodificación perversa puede estar manifestando la dificultad en organizar el azar, ya que en ese lanzarse a la aventura parece residir el encanto del negocio.

Nueva duplicidad: en un plano, derroche exuberante del exceso, impulso de pérdida que no permite reducir la relación prostituto/cliente a un mero intercambio comunicacional, bien al gusto estructural. En otro plano, una proliferación de codificaciones que apuntan, en opinión de Baudrillard²⁶, a una reinscripción de lo erótico dentro de un sistema homogéneo de signos. Para Baudrillard, en lo global, la traducción al equivalente general se impondría al deseo, volviéndolo «deseo de código», de donde - deduce - «el deseo no tiene vocación para realizarse en la libertad, sino en la regla». Es mediante ese investimento de la regla por el deseo que el orden social estaría liado.

La consideración de Baudrillard, leída a la luz indecisa de los bajos fondos, tiene el mérito de señalar una modalidad de conexión deseo/sociedad: las sobrecodificaciones del socius serían, en sí mismas, deseadas.

Sin embargo, pese a que todos los dispositivos de recuperación están dispuestos y montados, algún flujo escapa. Esos flujos que escapan, que no terminan de encajarse en el orden, pueden ser pensados desde el punto de vista de la «socialidad de la orgía», en la formulación de Maffesoli²⁷, quien, no obstante, atribuye a ese subterráneo lazo orgiástico cierta vinculación, también secreta, con la ley social. Más allá de las múltiples recapturas, esa socialidad del «sexo nómada», del deseo a la deriva, no deja de minar, aun imprecisamente, los sistemas de conyugalización y sedentarización que instauran cierto régimen de cuerpos. Aunque considerablemente eficaces, todos los mecanismos de reterritorialización internos al circuito parecen no ser suficientes para apagar esos pálidos fuegos.

Post scriptum

A partir de la irrupción del SIDA, un dispositivo mucho más potente está montándose en el contexto de la creciente medicalización higienista de la existencia. Sólo de pensar la diferencia entre el valor intensivo concedido a la vida en esos circuitos ardientes, con todas sus violencias interiores y sus complejas paradojas, y la impo-

²⁶Jean Baudrillard: Para una crítica da economía política do signo, ed. 70, Lisboa, 1981.

²⁷M.Maffesoli: A sombra de Dionisio, Graal, Río de Janeiro, 1

sición de un control clínico sobre el deseo, que mide la vida a partir de un patrón extensivo y normativo, puede intuirse, a despecho del horror, toda la potencia radical del goce que en esas turbias, sino torpes, fugas, se embarroca.

La investigación en que este artículo se sustenta ha sido realizada entre 1982 y 1985 en el área del centro de la ciudad de San Pablo, Brasil. El presente con que está redactado lleva las marcas de ese período. Entonces el Sida en Brasil todavía era una amenaza bastante distante. En los últimos años, en cambio, la irrupción de la enfermedad ha alterado drásticamente los datos del problema. La alteración se verifica en lo cuantitativo: abrupta disminución del número de prostitutas y clientes, con una tendencia a la intensificación de la violencia. Las «Bocas» se ponen más pesadas. Sólo se animan a permanecer en el negocio de la prostitución, parece, aquéllos que ya están «jugados». Ello implica un éxodo de los prostitutas ocasionales de fin de semana, espantados por el temor. Los pocos que quedan en el «punto» tienden a ser más marginales. Inclusive, el pasaje a la delincuencia armada se presenta, a partir de la crisis del Sida, como una alternativa posible al «michetaje».

No escapa que tal modificación habrá de trastornar también, en su debacle, las categorías analíticas utilizadas. Así, por dar un ejemplo, conceptos como el de «deriva deseante» se tornan, en el clima actual, sospechosos, suenan francamente inadecuados en esta era de terror. Tuve una sensación parecida asistiendo a una representación de «Las Escaleras del Sagrado Corazón» de Copi. Las locas y los travestis y su cohorte de erráticos, exóticos, lúmpenes y policías, parecían jugar a la muerte teniendo como telón de fondo la torre sacra del templo majestuoso. Ese desafío (cortejo y coqueteo) a la muerte, se revela ridículo o patético ante la irrupción de la muerte en escala epidémica del Sida.

¿Asistimos a una muerte de la homosexualidad?. La criatura médica creada en el Siglo XIX, con su subcultura y sus pretensiones de identidad específica, parecería zozobrar. Tan apocalíptica predicción cabe compensarla considerando en qué medida las asociaciones de ayuda a las víctimas del flagelo no estarían mostrando, bajo una forma totalmente distinta, algún eco o persistencia de cierta solidaridad «neotribal» propia de las redes homosexuales. Podría, sin embargo, pensarse que la homosexualidad como fenómeno de masas y particularmente sus aspectos más ofensivos y agresivos - como el sexo anónimo y promiscuo, propio, por añadidura, de la prostitución - estarían desapareciendo. Una mutación radical del paisaje sexual parece acercarse a una velocidad tal que hace cambiar rápidamente todos los esquemas de análisis. Como hipótesis, podría señalarse cierta tendencia a la disolución de la homosexualidad en el cuerpo social, la cual pasaría a ser vista como una

condición erótica posible y no necesariamente como un *modus operandi* sexual y existencial totalmente diferenciado.

Más acá de las especulaciones, sólo resta advertir que la rapidez de las modificaciones en el plano de los comportamientos sexuales y particularmente homosexuales, amenaza tornar raudamente el presente artículo una pieza de arqueología; tal su avatar.

Referencias

- *Antonio, Joao, MALHACAO DO JUDAS CARIOCA. - Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, Brasil. 1975;
- *Bataille G., EL EROTISMO. - Tusquets, Barcelona, España. 1979;
- *Baudrillard, Jean, PARA UNA CRITICA DA ECONOMIA POLITICA DO SIGNO. 70 - Lisboa, Portugal. 1981;
- *Benjamín W., BENJAMIN, ADORNO, HORKHEIMER. - Abril, San Pablo. 1980;
- *Bourdieu, Pierre, LA DISTINCTION. - Minuit, París, Francia. 1979; Alvaro, José -- Sobre algunos temas en Baudelaire.
- *Caiafa, J., MOVIMIENTO PUNK NAS CIDADES. - Graal, Río de Janeiro, Brasil. 1985;
- *Carella T., ORGIA. - Río de Janeiro, Brasil. 1968;
- *Cerfi, RECHERCHES. 13 - Fontenaysous-Bois. 1973;
- *Clastres, P., A SOCIEDADE CONTRA O ESTADO. - Afrontamentos, Porto Alegre. 1979;
- *Damata G., OS SOLTEIROES. - Pallas, Río de Janeiro, Brasil. 1975; Espaco e Poder: a criacao de territorios na cidades.
- *Deleuze G.; Guattari F., ANTIEDIPO. - Barral-Corregidor, Buenos Aires, Argentina. 1974;
- *Deleuze G.; Guattari F., MIL MESETAS. - Pre-textos, Valencia. 1988; De l'errance spatiale a l'errance sociale.
- *Duvignaud, J., ESQUISSE SUR LE NOMADE. 10/18 - París, Francia. 1975;
- *Fry, P., PARA INGLES VER. - Zahar, Río de Janeiro, Brasil. 1982; Generalogie du Capital I; Les équipements de pouvoir.
- *Guattari, F., A REVOLUCAO MOLECULAR. - Brasiliense, San Pablo. 1981;
- *Guattari, F., ESPAÇO E DEBATES. 16 - San Pablo. 1981;
- *Hocquenghem G., HOMOSEXUALIDAD Y SOCIEDAD REPRESIVA. - Granica, Buenos Aires, Argentina. 1974;
- *Lamborghini, Osvaldo, NOVELAS Y CUENTOS. - Del Serbal, Madrid. 1988;

- *Lyotard, Jean-Francois, ECONOMIA LIBIDINAL. - Saités, Madrid. 1979; Velho O. -- A cidade: sugestões para uma investigação do comportamento social no meio urbano.
- *Maffesoli, M., A SOMBRA DE DIONISIO. - Graal, Rio de Janeiro, Brasil. 1985.
- *Mounier, J., OS MOLEQUES DE BOGOTA. - Difel, Rio de Janeiro, Brasil. 1975;
- *Park R., O FENOMENO URBANO. - Zahar, Rio de Janeiro, Brasil. 1973;
- *Sartre, Jean Paul, SAN GENET, COMEDIANTE Y MARTIR. - Losada, Buenos Aires, Argentina. 1967;
- *Stebler; Watier, ESPACES ET SOCIETES. 24/27 - París, Francia. 1978;
- *Veyne, Paul, COMO SE ESCREVE A HISTORIA, FOUCAULT REVOLUCIONA A HISTORIA. - Cadernos da UNB, Brasilia. 1982;